

construcción nacional en Colombia, 1845-1900; qué fueron a hacer los colombianos a Europa durante el siglo XIX; qué ideas, razones o fantasías motivaban sus viajes y cómo la experiencia europea influía en su pensamiento político, en su valoración de Colombia y de sí mismos.

Pero este texto no permite una lectura agradable, y lo que ofrecen las notas es un montaje externo, que nos enseña muchas cosas pero no nos hace más interesantes o esclarecedoras estas páginas secas. Los valores familiares no parecen un buen criterio editorial, y no puede pensarse que todo texto del siglo XIX merece transformarse, de documento útil para algunos investigadores, en un libro impreso.

KATHERINE RÍOS

¿No sería mejor hacer bachilleres a los soldados que soldados a los bachilleres?

Vida, obra y época del ciudadano-soldado

José de los Santos Gutiérrez Prieto

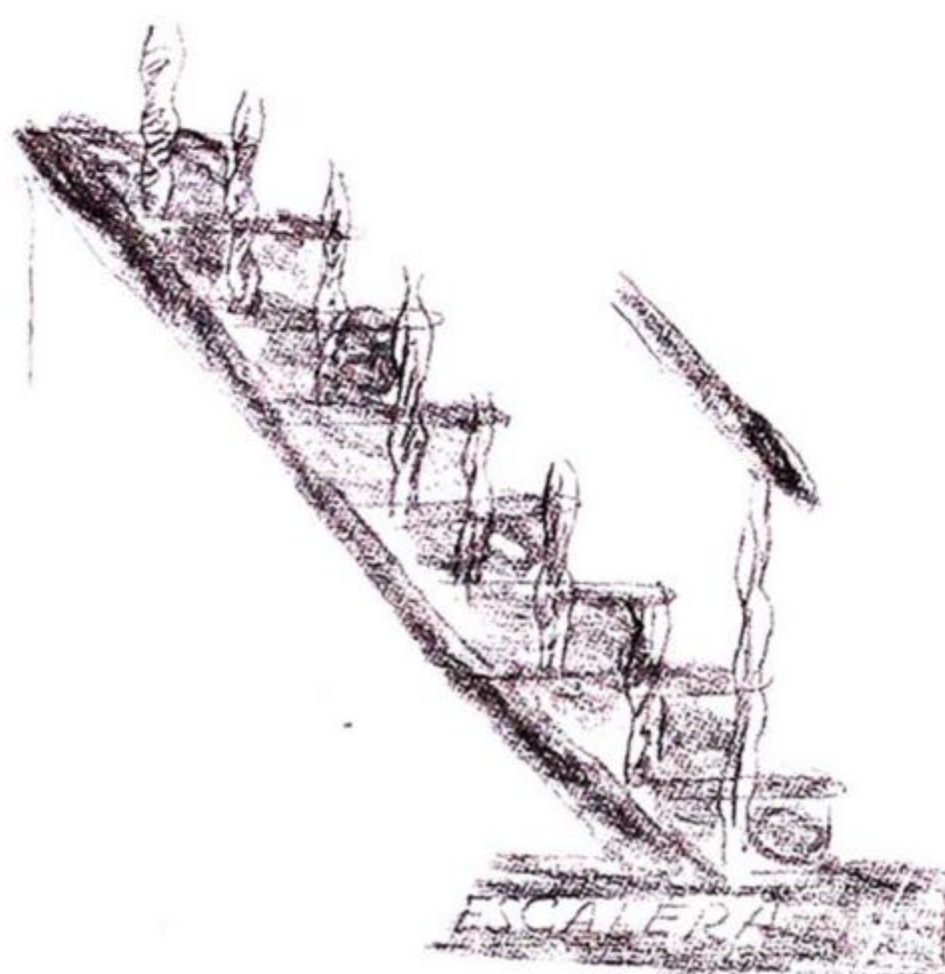
Mayor general (r) José Roberto Ibáñez Sánchez

Imprenta y Publicaciones de las Fuerzas Militares, Bogotá, 2000, 322 págs.

Tras la lectura de unas cuantas páginas de este poco feliz libro, una de las pocas cosas que perviven en la memoria es un arranque de ira santa. Ignoro quién sea el culpable, pero esta edición, oficial, termina siendo un autoinsulto a las fuerzas militares, a Colombia, a la historia, a América, y casi se diría que a la raza humana, si tuviera mayores pretensiones...

No pocas son las reflexiones que despierta, no tanto este libro sino el deplorable nivel cultural de algunos colombianos, entre ellos buena parte de los militares. Y no merecería

ello reprobación sino lástima y —mejor aún— ayuda, si es que no pretendieran —otra vez el vicio nacional de creer que el que es bueno para algo puede meterse a hacer lo que quiera— jugar al más alto nivel, al nivel de ese “elevado contexto intelectual dentro del perfil castrense”, esa “espinosa dorsal del pensamiento militar” que pretende el general Valencia Tovar en la ilusa e ingenua presentación de un libro que probablemente no leyó o que leyó solamente en pruebas.



Necesitamos con urgencia a alguien que les enseñe a los militares, sean escritores, historiadores o editores, que no se escribe “soldado razo”, ni “obsecado”, y que no hay pueblos “florescipientes”, ni “conscientizados”, o que el giro “lo más posible” es incorrecto, puesto que las cosas son posibles o imposibles, o más o menos probables; necesitamos que alguien les arrebatte el “sociego”, y que las academias no se reúnan en una “ceción” (tal vez la que aquí aparece es del verbo *ceder*), por no hablar del tono “verdaseo” de los “pastisales” del Cocuy...

Se dirá que no es el autor el culpable sino el editor, pero creo que hay ciertas responsabilidades que no se pueden delegar. Si el autor es el que ignora las más elementales normas de la ortografía y de la redacción y es miembro de número de la Academia Colombiana de Historia, le damos el beneficio de la duda, aunque “casos se han visto” que invitan a los amantes de la historia a proponerse como una de las metas

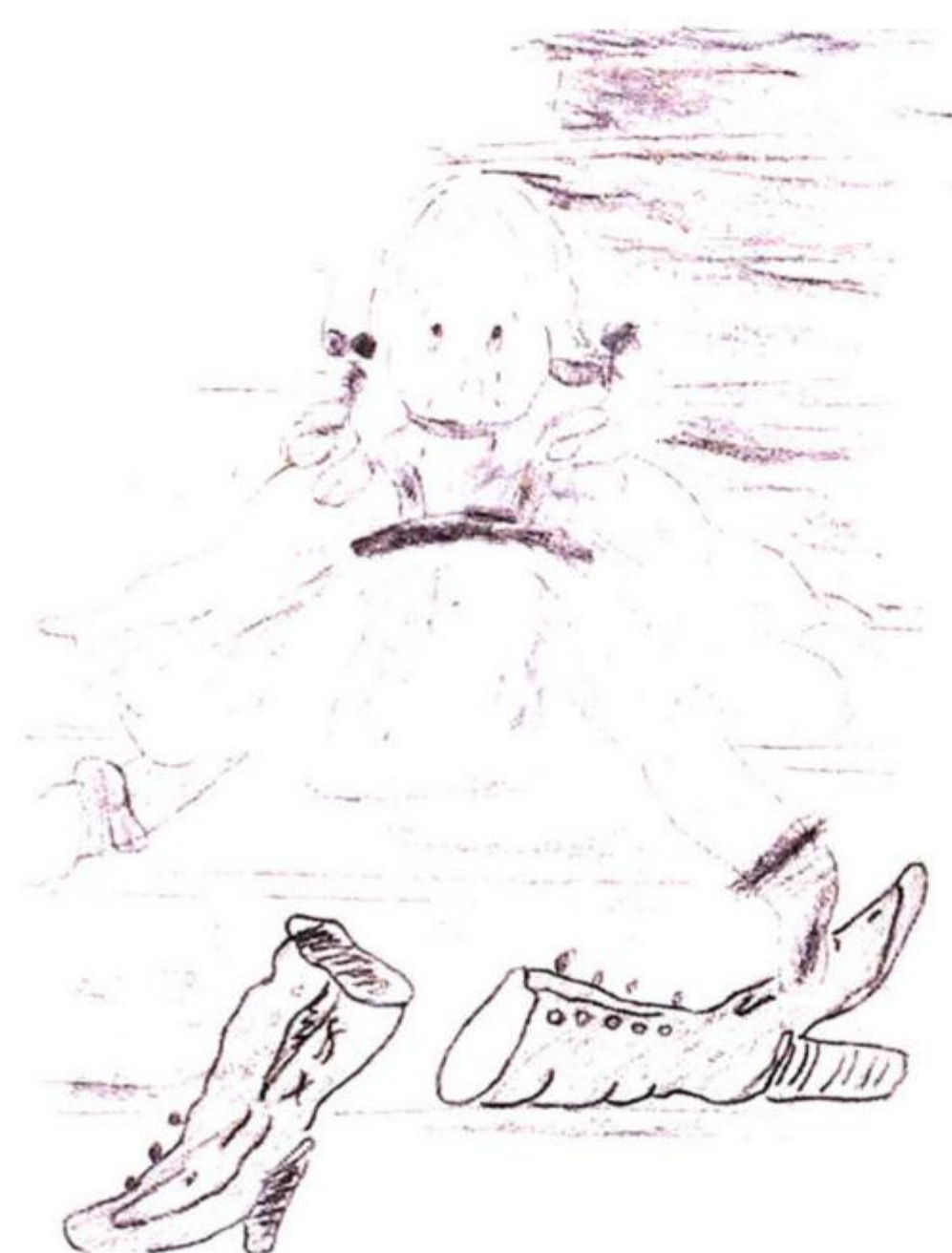
de su vida la de tratar de “no llegar a ser”, jamás, miembros de semejantes recintos de la mediocridad.

Y si no es culpa del autor, entonces el que debe recibir el agua sucia es el editor de las Fuerzas Militares, pero, en cualquier caso, este libro muestra que algo anda bastante mal dentro de un cuerpo castrense que hoy por hoy es nuestra única defensa contra los que están acabando con Colombia; sabemos que hay una guerra y que los militares están poniendo el cuerpo por nosotros, y los apoyamos con todas nuestras fuerzas; también sabemos que no hay con qué comprar las botas de los soldados, y lo deploramos; sabemos que en algunos casos se violan los derechos humanos y ése es un problema que para solucionarlo debe comenzarse por la enseñanza a leer y a escribir, que por lo demás es un derecho mínimo de todo colombiano, y es del interés de todos que mejoremos como seres humanos.

Y, entre tanto, lo más espeluznante es que con la mayor tranquilidad, teniendo herramientas para evitarlo, se desperdicien para el ejército los que algo saben. Y todo esto sucede, me digo, pudiendo ser de otro modo muy distinto. Es casi increíble que la mentalidad nuestra considere que es bueno “degradar” a los bachilleres metiéndolos al monte o como choferes, en el mejor de los casos, en lugar de servirse de ellos para “elevar” el nivel cultural del ejército. Cuando se observa ese absurdo servicio militar que prestan los bachilleres, me pregunto si no sería mejor hacer bachilleres a los soldados que soldados a los bachilleres.



Si en lugar de ver a un sargento en el papel de resentido social con el joven de clase media alta que sabe matemáticas, geometría, gramática, ortografía, genética, algo de astrofísica, limpiándole las botas (única vez en su vida que ambos tendrán esa oportunidad y desdicha), utilizáramos a esos mismos bachilleres para educar al sargento, en un salón de clase, probablemente otro gallo cantaría... Es ahí donde también comienza el respeto por los derechos humanos.



Y después de esta catilinaria, que no creo inmerecida, ¿qué queda de esta biografía del general Santos Gutiérrez? Poco, aunque hay un aspecto en el que el autor demuestra tener conocimientos que desbordan lo que se puede encontrar en cualquier libro de historia: lo puramente militar. En materia de campañas militares sí trae información amplia y dedica buena parte del libro a su narración y comentario. Lo que nos cuenta de las guerras civiles y de los combates, de su estrategia y ubicación de las fuerzas enemigas, es a veces novedoso e interesante. La narración de la batalla del Cardonal resulta particularmente atractiva.

En lo demás, desde el principio parece seguir en la tradición de esa exasperante costumbre nuestra de revestir con todo el entorno geográfico, político, tres cuartas partes de la biografía, como para rellenar páginas y páginas. Entonces se hace la

historia local del pueblo del biografiado, con lo cual tenemos que volver a leer sobre los orígenes de los indios laches y repasar la historia de los tunebos (que creían que al morir pasaban a formar parte del color rojo del arco iris), dar un paseo por el Peñón de los Muertos y visitar la población de El Cocuy (por cierto, quizá la más bella de Boyacá). Para resaltar lo que era el color local a mediados del siglo XIX, el libro acude a extensos pasajes de Manuel Ancízar y en general transcribe muchos textos de época, aunque no puede negarse que la bibliografía es amplia, completa y comprensiva y que el autor la conoce y maneja con fluidez.

Se dice que el biografiado, general Santos Gutiérrez, jamás fue vencido en combate. Lo llamaban “el tuso”, no por falta de cabello sino porque había quedado marcado con viruelas. A este respecto, el libro consigna un par de anécdotas curiosas. Durante la guerra civil de 1860 los bogotanos, sitiados en el convento de San Agustín, estuvieron a punto de perder la ciudad. Desde el interior del recinto tiraron afuera un cubo, en busca de agua, y alguien les devolvió un terrón de sal amarrado a una tusa, lo cual habría sido bien interpretado por Rafael Núñez: “Debían continuar resistiendo porque el ‘tuso’ Gutiérrez venía ya por Zipaquirá”. Demasiado imaginativos habrán sido los sitiados o demasiado imaginativo fue el inventor de historia tan poco creíble.

Uno que otro episodio de la vida del héroe nos lo muestra como un ser contradictorio, aunque el apoyo que obtuvo de la Convención de Rionegro en contra de Mosquera demuestra que era muy apreciado en el país.

Ahora bien: los juicios sobre Gutiérrez no son unánimes. Posada Gutiérrez lo fustiga: “... era cruel en la guerra; profesaba quizás como otros el principio de que para dominar a los hombres es preciso tener el valor de matarlos...”. Para Borda, Gutiérrez era falto de gratitud y de liberalidad, y bastante tacaño. Quizá un rasgo que lo retrata, aunque

no le hace mucho bien, es el del romance que mantuvo en París; de la calidad de la novia da razón el apodo que le pusieron los colombianos, que dice mucho más que toda una historia: la “Bobarrona”.

Pero descubrimos que Gutiérrez también tenía sus momentos de humor, como cuando en 1866 escribe a Francisco de Paula Borda, en carta que transcribe Ibáñez: “Esta Roma, amigo mío, es como las haciendas de Tocaima: es una trampa de coger zoquetes y el Papa es una especie de Chepe Saravia, aguardando calentanos”.

De resto, lo de siempre: el tradicional elogio castrense a Bolívar, algún retrato de las personalidades siempre interesantes de Obando y Mosquera. El mayor general Ibáñez dice que a Obando lo llamaron “el Edipo de Colombia” porque ignoró quiénes eran sus padres. Era, como bien lo recordó Juan de Dios Restrepo, el hombre más popular que ha tenido la patria, aún más que Bolívar. Dedicar unas páginas el autor a tratar de probar que el general Melo no era el tropero ignorante que pretenden sus críticos sino que había sido profesor e inspector de estudios y director del colegio de San Simón en Ibagué, lo cual, a mi entender, no prueba mayor cosa. Pero sí dedica un juicioso análisis al episodio del golpe de Melo, “el más genuino que ha ocurrido en la República”, y al papel que en aquél desempeñó Obando, no muy convincente, por cierto.

Nos recuerda el libro algunos momentos olvidados de nuestra historia, como cuando tres presidentes de Colombia se encontraron en la famosa exposición de París que organizó Napoleón III: Santos Gutiérrez, Camacho Roldán y Aquileo Parra. Por entonces brillaba en la Ciudad Luz la presencia de don José María Torres Caicedo, personaje casi novelesco que merece que algún día se reconstruyan sus pasos. Gracias a él fue que los colombianos que visitaban la ciudad tuvieron acceso a los círculos más exclusivos de París.

A propósito, para terminar, una célebre frase, que algunos historia-

dores atribuyen a Santos Gutiérrez y que enaltece a su autor, fue en realidad pronunciada por Ignacio Gutiérrez Vergara durante el proceso que lo condenó a ocho años de prisión en 1868: "Señores, mi presencia en el acto de este juicio es innecesaria, porque no reconozco como jueces a quienes me juzgan, y por consiguiente no me defiendo".

LUIS H. ARISTIZÁBAL

"Perder es ganar un poco"

Hombre Pacho. Biografía autorizada de Francisco Maturana

María Teresa Ramírez Uribe

Universidad de Antioquia, Medellín, 2001, 386 págs.

Éste es un libro sobre una pasión: el fútbol. Encarnada en un ídolo que es, paradójicamente, un hombre reflexivo y tranquilo a quien no sin razón llamamos el profesor Francisco Maturana. Nacido el 15 de febrero de 1949 en la ciudad de Quibdó y odontólogo de la Universidad de Antioquia.

Un hombre que nos ha dado alegrías colectivas que no tienen precio. Y algo mejor: nos ha enseñado el valor redentor que tienen las derrotas asumidas con entereza. Uno de los pocos que han infundido a Colombia conciencia colectiva de equipo, como entrenador deportivo en las buenas y en las malas, y no nos ha cobrado por ello.

En este libro se conjugan, además, dos vocaciones: la del niño que quería ser futbolista y la de una mujer, nacida en Medellín, en 1948, que aspiraba a ser escritora.

Que participó en talleres como el célebre Manuel Mejía Vallejo de la Biblioteca Pública Piloto de su ciudad natal y que un día, en España, ante el fervor de su hijo y la manifiesta injusticia con que Ramón Mendoza, el directivo español del

Real Madrid, engañó a Maturana, inició una reivindicación exhaustiva de seis años que ahora concluye con esta sólida y a la vez muy legible biografía.

La biografía de un niño negro nacido en ese departamento depauperado de la costa del Pacífico colombiano y a quien, al cortarle el cordón umbilical, le pusieron en su vientre polvo de oro para asegurar su prosperidad económica y hormiga arriera triturada para significar que sería un hombre disciplinado y trabajador. Se trata, en consecuencia, de un libro sobre las múltiples culturas que integran a Colombia. La cultura negra, con la sólida pervivencia de sus tradiciones animistas y su imbatible capacidad de resistencia. La cultura paisa, con sus transformaciones vertiginosas en que sus raíces campesinas y matriarcales se vieron alteradas por una sacudida a la vez brutal y trunca: la paradójica modernización del narcotráfico y su secuela atroz de enriquecimiento rápido y sicariato criminal. Un libro sobre la cultura del Valle y el amor de Maturana por los caballos. Sobre el Tolima y Santander, donde Maturana jugó fútbol, entrenó equipos y percibió, de cerca, la idiosincrasia colombiana, su talento para el logro individual y sus falencias en el desempeño de conjunto. Su euforia momentánea y su desfallecimiento ante la en apariencia injusta adversidad.

De este aprendizaje, en vivo, por toda nuestra geografía fue quedando un estilo de juego y un estatus: aquel que llevó a América de Cali a ser campeón, a Nacional de Medellín a ganar la copa Libertadores de América y a que Colombia, por primera vez en su historia, clasificara para el Mundial, en dos ocasiones: Italia, en 1990, y Estados Unidos, en 1994. Un equipo de jugadores criollos que vencería a Argentina 5-0 y que de Buenos Aires a Inglaterra, de Israel a Milán, del Oriente a Europa, paseó el tricolor nacional, mostrando un rostro diferente al de la habitual barbarie que nos distingue y nos marca.

Estos triunfos se lograron precisamente en los años trágicos que

abarcaban del asesinato de Luis Carlos Galán al de Andrés Escobar, el jugador vilmente asesinado en Medellín. De estas historias de vida surgen así varios rostros contrapuestos: el rostro maduro con que Maturana fue creando una identidad futbolística y una elegante alegría deportiva, y cómo esas sucesivas muertes y fracasos de la vida nacional encontraban, en el ciudadano de a pie, un bálsamo, un paliativo, que cura heridas, fortalece destinos y lleva a que la dulzura del triunfo se celebre con nuevas muertes y balaceras colectivas. Un tenso círculo de contradicciones que este libro asume en la lograda síntesis con que una vida individual refleja un más vasto conglomerado humano e intenta, de nuevo, que el deporte sustituya a la guerra, en un marco de reglas que encaucen esa descarga de tensiones y confieran racionalidad al feroz y competitivo impulso de la horda primitiva.

De ahí también surge ese filósofo natural que desgrana sus ya celebres sentencias, con sonriente sabiduría: "Como se vive, se juega". "Hay que aprender de las derrotas". "Yo he tenido cualquier cantidad de mujeres, pero siempre he sido fiel". O como le expresó Hugo Gallego, ya contagiado por el estilo del profesor Maturana: "Todos somos maestros de todos y alumnos de todos".

Desde el 10 de marzo de 1995, cuando María Teresa Ramírez inició la cacería de Maturana, para lograr este libro, lo que él demuestra es cómo la terquedad en la prosecución de sus metas, por parte de ambos protagonistas, termina por dar logrados frutos. Un apego a lo concreto y una habilidad para abrir el corazón de las confidencias que trae consigo el perfume irrecuperable de

